

El 17 de abril de 1890 nació en Buenos Aires Victoria Ocampo. Los homenajes a su memoria se han circunscripto a un reducido grupo de escritores y amigos personales en la Feria del Libro. El gobierno no adhirió a pesar de tratarse de una figura de trascendencia nacional en la historia de la cultura argentina. Lo que no hicieron miles de funcionarios diplomáticos muy bien pagados, lo hizo esta mujer excepcional difundiendo el nombre argentino en el mundo. Fue la mejor embajadora que tuvimos y su oposición al peronismo de su época era lógico, en una persona que rechazaba toda clase de dictaduras por constitucionales que fueran. Victoria Ocampo dejó en sus escritos testimonios de todas aquellas cosas que le interesaban y fueron muchas. Fue una rebelde, una trasgresora inteligente que supo fundamentar su rebeldía con un razonamiento que no admitía réplica, no porque ella no la admitiera, sino porque su lógica era irrefutable. Tal vez una de las luchas más importantes de su vida fue su ardiente defensa de los derechos de la mujer.

"La condición inhumana de la mujer, que afortunadamente ha mejorado, me ha preocupado a mí también desde que tuve uso de razón". Así comienza una carta que recibí de Victoria Ocampo contestando un comentario mío sobre un artículo de *Sur*, su revista,

Movimiento feminista

por María Elena Oddone

Los cien años de Victoria Ocampo

titulado "La condición inhumana", referida a la de la mujer. Aunque su vocación fue la literatura, Victoria Ocampo no dejó pasar la ocasión de salir al cruce (en toda oportunidad que se le presentara) y opinar cuando se trataba de los problemas de la mujer. En carta abierta a *La Nación* en septiembre de 1975 decía: "He sido y soy feminista. Desde hace cincuenta años he repudiado un estado de cosas que no debe durar". Con motivo del Año Internacional de la Mujer declarado por las Naciones Unidas decía: "En nuestro país, aunque se exalta continuamente a la madre, no se le concede la patria potestad. Nos tratan, pues, como un plantel de vacas más o menos sagradas". Tenían que pasar diez años para que se otorgara a las madres la patria potestad. Compartida con el hombre aunque éste, en todos los casos, no comparte los trabajos de cuidar y educar a los hijos. La ausencia de las mujeres en la política fue señalada por Victoria Ocampo en numerosas oportunidades. Aunque dijo que no era su oficio, dejó a un lado su labor de escritora y encabezó un movimiento de mujeres que se opuso a la reforma de la ley 11.357, llamada ley de los derechos civiles

de la mujer, que había sido sancionada en 1926. Diez años después se presentó en el Congreso de la Nación un proyecto de modificación de la ley 11.357. El proyecto lo firmaban los doctores Roberto Repetto, Rodolfo Rivarola, Enrique Martínez Paz, Gastón Federico Tabal y Héctor Lafaille, y proponía volver a la mujer a la situación anterior a la sanción de la ley de los derechos civiles. Victoria Ocampo fundó el grupo Unión Argentina de Mujeres. Entrevistaron a ministros, repartieron volantes y lograron que no progresara el proyecto. Corría el año 1936.

En carta escrita en 1974 decía a quien escribe: "Me parece muy necesario que la mujer se ocupe de política y que se le dé su lugar, es decir un lugar tan importante como el del hombre. Naturalmente no creo que se lo darán, ella tendrá que tomarlo. Nada es fácil en ese terreno. Lo 'de estar preparada' no tiene más sentido para la mujer que para el hombre (que tampoco está preparado, que yo sepa). Me gustaría, eso sí, que la mujer entrara en ese campo de acción **mejor preparada** (el subrayado es de ella); y que aportara su visión de las cosas y de los problemas. No tenemos que fracasar en

nada, si es posible". Hace un alto en su labor literaria para dedicar un número de *Sur* a la condición de la mujer. En otra carta a esta periodista, fechada en octubre de 1975 dice: "Hace un año, mi revista tiene cuarenta años, que deseaba hacer un número dedicado a los problemas de la mujer. Esta vez no he querido que pasara un minuto más de lo necesario para sacarlo a la calle. La distribución y venta de este número es importante para la causa que defendemos".

Causa que tan brillantemente ella defendió siempre. En una carta a *La Nación*, en 1978, refuta conceptos erróneos vertidos por un periodista referidos a Indira Gandhi y a Golda Meir como mujeres femeninas y no feministas. Victoria, amiga de las dos primeras ministras, dice al respecto: "Hay cosas absurdas que se repiten hasta el cansancio y pasan inadvertidas. Estas fervientes socialdemócratas no ocuparían los cargos que tan justificadamente ocupan si no tuvieran detrás a las vilipendiadas feministas que han luchado para abrirles el camino. Estas señoras no han surgido por partenogénesis artificial en los altos puestos políticos. Tienen una historia detrás. La de

muchas mujeres que se han sacrificado, mientras hombres y mujeres de la mayoría ridiculizaban su tenacidad y su atacar frente problemas que aún no están solucionados".

El pensamiento feminista sobre la violencia encuentra cabal interpretación cuando dice en carta escrita en 1973 a quien escribe esta columna: "No soy partidaria de la violencia (aunque soy violenta) porque pienso que nada cambiará en el mundo si **nosotras** (el subrayado es de ella) no empleamos métodos distintos al método de la violencia. Tampoco admito blanduras, eso es otra cosa". En 1924, cuando Victoria Ocampo leyó acerca de la resistencia pacífica de Gandhi al colonialismo británico pidió a las mujeres que hicieran un voto, similar al de Gandhi, para oponerse a la tiranía patriarcal; lo concibió como postura extrapolítica que podía reforzar una causa política. Darían así un ejemplo de militancia moral y espiritual.

Fiel al ideal de la libertad de la mujer fustigó las políticas pronatalistas de los gobiernos. Después de visitar a Mussolini en el Palazzo Venecia, en 1935, Victoria Ocampo escribió: "La actual tendencia religiosa de algu-

nos países que se jactan de muy civilizados, como Italia y Alemania, a reducir a la mujer al mero papel de hembra prolífica en perpetua gestación, se erige en amenaza contra la cultura. Hay la misma diferencia entre una excelente ponedora y una madre consciente que entre el hombre de Cromagnon y Shakespeare. ¿Y quién se atrevería a sostener que hay que desandar lo andado, en dirección a Cromagnon? ¿Qué Estado se atrevería a tomar este tipo de humanidad como arquetipo? Si el retorno al paleolítico no es deseable para el hombre tampoco lo es para la mujer".

En su hora más gloriosa, cuando es recibida en la Academia Argentina de Letras, honor otorgado por primera vez a una mujer, ella trae en su discurso el recuerdo de tres mujeres que habían gravitado en su vida: La india guaraní Agueda, su antepasada, la inglesa Virginia Woolf y la chilena Gabriela Mistral. "A la primera le debo parte de mi existir, a las otras dos les debo no haberme contentado con existir" dijo. Quiso compartir su gloria con tres mujeres en el recuerdo y con las que le sucederían en el exclusivo recinto académico. A mis felicitaciones contestó en su clásico papel azul: "No tengo vocación de académica.

Para mí lo de la Academia no tiene sino un sentido: Abrir una puerta más a la mujer". □

COLUMNISTAS

Guillermo Frugoni Rey
Pedro D. Miquelarena
Agustín Pérez Pardella
María Elena Oddone

El Informador
Público

Director: J. Iglesias Rouco

Secretario General:
Año 4 - Nº 186

Viernes 20 de abril de 1990